

Manu encuentra en sueños una fuente en la cual saciar su sed.

Hacía años que le afectaba una extraña resaca espiritual, a pesar de no probar el alcohol.

Al final había tenido el valor para romper con el pasado, dejando de pertenecer al clan de los burgueses, para el cual se suponía que debería procrear y crear durante toda su vida sin parar.

Aquel ciego afán humano trataba de afrontar, como todas las religiones, el miedo a la muerte.

La cobardía estaba en la base de todas y unas de las grandes creaciones humanas, del arte también, por supuesto; aunque a veces éste resultaba verdaderamente generoso, creando belleza al estilo de la propia naturaleza.

A pesar de que siempre habían existido autores valientes como Zola o Huysmans, entre otros, la mayoría se conformaban con sacrificar chivos espiatorios y dejar a todo el mundo satisfecho mediante el derramamiento de sangre ajena.

Zola, cien años atrás, había tenido el valor de luchar contra ello confiando en el poder de la República y la Democracia.

El mundo, más gracias a la literatura comprometida que a la historiografía, no había olvidado aún su valeroso Yo acuso.

Y no lo hacía para salvar su pellejo de modo egoísta, como los chivatos, sino el de un judío condenado injustamente.

Cuántos Zolas hubiera necesitado la humanidad para detener el genocidio nazi.

Sin embargo pocos tuvieron el valor de arriesgar ya no sus vidas, sino su comodidad, para prestarse a algo tan loable como absolver de una injusta condena a muerte a otro ser humano.

Claro, si para eso ya estaba Dios, quién tendría por qué molestarse.

Para más inri, el propio pueblo hebreo había creado al monstruo topododeroso que les convirtió en sujetos indefensos frente a las afrentas de sus semejantes.

Vale, no os defendáis, que vais a ver lo que os espera.

Y lo vieron, y lo vimos todos.

Precisamente una víctima de ése mismo horror, Sthéphane Hessel, acababa de dirigirse a los ciudadanos tratando de advertirles del peligro que les acechaba.

Ya no se trataba de Hitlers, Musolinis o Francos, sino de otros muchos bajitos acomplexados y homosexuales reprimidos, cuyos rostros no se mostraban públicamente pero igualmente nos estaban conduciendo a un nuevo holocausto.

Las víctimas se encerraban cobardemente en sus casas aterrorizadas.

Se les amenazaba con el despido y el desahucio, pero ellos continuaban luchando sólo por lo único que les interesaba, perpetuar su clan y hacerlo lo más numeroso posible.

En eso consistía la mentalidad conservadora en cualquier parte del planeta, en defender cada uno lo suyo como alimañas.

Su ex novia tampoco le ofrecía muchas más expectativas.

Y si pretendía que él se convirtiera en un gran escritor, no lo hacía por el bien de los demás, sino por su prole.

Su propio padre, hijo ilegítimo, se había esforzado toda su vida por crear una gran estirpe, acabando por convertirse, como no, en un ladrón.

Él le había impulsado a salir con una chica rica, animándole y aconsejándole sabiamente, tratando en el fondo de propagar egoístamente su propia semilla.

Eso era lo único que les importaba a los machos, y cualquier excusa era buena para afrontar de ese modo su vacío existencial.

Pero él no pertenecía a esa raza, sino que su anhelo era el de amar libremente porque eso, como el agua de su sueño, es lo único que sacia la sed espiritual.